

Nuestra despedida solo es el prólogo del momento: querido amigo Roberto

Por **Alejandro Recio Sastre & Jairo Villalba Gómez**

“Siempre se van los mejores” –se dice en estos casos–. En el caso de nuestro amigo Roberto no solo se va un excelente académico, sino también un gran vínculo para todos los que convivíamos con él. No es secreto que Roberto unía, nos invitaba a reflexionar con sus citas de libros, que solo había leído él –conocía a los autores más raros y exponía temas de los que nunca habíamos oído hablar–; nos obligaba a pensar más allá de los límites y entre bromas y curiosidades conseguía que los largos tiempos en los quehaceres diarios de la academia pasaran más rápido.

Roberto nos deja, pero no se pierden los lazos que hizo entre nosotros, los cuales todavía nos unen tanto en el recuerdo como en el proseguir diario gracias al buen ambiente que creó. Pero toda su obra no se remite a estos aspectos sentimentales que nos congregan amistosamente, también recordaremos su obra intelectual. Como él mismo me dijo un día, quedará en los estantes de la Biblioteca de la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Todavía recuerdo ese día como si fuera hoy, ambos sentados frente a la antigua facultad, él contándome el tema de su tesis y yo incitándole a publicarla. Roberto, con gran humildad y sentido de futuro, me insistía en que por ahora su tesis bien está en la biblioteca, esperando a que alguien la descubra y la incorpore a sus investigaciones. Por cierto que una investigación sobre los prólogos en filosofía solo se le podía ocurrir a él, pero en esa ocurrencia no cabe la menor duda que alumbró un terreno en la literatura filosófica que había que explorar: cuál es la razón de ser de los prólogos en la filosofía.

Al igual que un prólogo, la vida de Roberto fue corta para la extenuante longevidad que predomina en nuestros tiempos. Esto es lo que más nos apesadumbra y embota, sin embargo, hay que destacar que nuestro querido amigo no nos deja solos, porque le mantendremos en el recuerdo. El hecho de recordarle es seguir construyendo muchos de los temas que nos brindó con excelsa sabiduría.

Roberto era un investigador diferente, a años luz de esos académicos vanidosos y endiosados por sus múltiples logros, tan ansiosos de prestigio y reconocimiento de sus pares. No, Roberto no era así. Él siempre escribía para la humanidad y con gran modestia permitía que su interesante trabajo de tesis quedara en la biblioteca de la facultad para que, quien quisiera, pudiera públicamente acceder a ella. Además, él siempre compartía con nosotros todo lo que leía sin ningún miedo a que alguien

malintencionado pudiera explotar su descubrimiento. La exclusividad de su manera filosófica de reflexionar, la impronta jovial con que exponía los temas promoviendo el diálogo entre sus interlocutores, por supuesto, siguen inspirándonos, persisten en nuestra memoria para brindarnos un ejemplo moral y alentar nuestra labor intelectual.

A Roberto lo acompañará siempre su carisma y entrega con los estudiantes, en la locura de sus ideas y la esperanza de un cambio para la sociedad, siempre estuvo involucrado con una tecnología y su aplicación social, hasta el punto que el mismo se involucró en forma personal, sin perder el norte de una posición académica.

En la memoria iberoamericana, estará presente sus momentos de discusión y relato, plasmados de magia e ilusión, como en un cuento de Asimov:

“En asuntos concernientes a la Tierra eres omnisciente (...) una extraña luz le aureolaba la cabeza mientras los pensamientos atravesaban su mente sobrehumana”.

Un abrazo Roberto, mientras caminas hacia la eternidad.